

LA RESIGNACION

LA solicitud del presidente del Gobierno al pueblo para que acepte unos sacrificios determinados en bien de la comunidad está en la línea de grandes piezas políticas que se repiten a lo largo de la Historia. Generalmente se producen en situaciones de guerra, en las que es preciso algo más que una movilización forzosa: la comunicación de un sentido de riesgo y, en cierta forma, una traslación de responsabilidades. Esta comunicación no puede producirse únicamente por una oratoria más o menos estudiada a base de resortes psicológicos, un gesto adusto y una promesa de solución "si ustedes colaboran"; mucho menos por la repetición al viejo estilo de la propaganda soviética o hitleriana varias veces por día y varios días seguidos. Es precisa una imagen más seria y más veraz de la situación. Es necesario un impulso de carácter transformador de la sociedad, es decir, algo que haga suponer al pueblo que no está resolviendo la situación a otros, o que no está sacrificándose para que las cosas vuelvan a ser como antes, sino para que sean nuevas. Los terribles sacrificios que impone una revolución se justifican —teóricamente— por "la lucha final", la última batalla tras de la cual empezará "un alba nueva": en las guerras internacionales sucede lo mismo. No da esa imagen el señor Suárez, y mucho menos su UCD, como partido "democrático, interclasista, reformista y de ámbito regional", como dice el documento definitorio elaborado por el "comité ideológico", que parece, sobre todo, recoger todos los vientos favorables, todos los términos de moda, como los utilizan para definir su meta de sociedad "basada en los valores de libertad, igualdad y solidaridad". El apoyo que ha obtenido de los partidos políticos mediante un préstamo de la pantalla de televisión, con la desgraciada ocurrencia de aparear a los dirigentes de los otros partidos y limitarlos a un tiempo, reservando para sí la soledad de la cumbre y el tiempo amplio, más la serie de repeticiones convenientes, marca bien que el sentido del "pacto" es el de un grupo de partidos con un presidente de Gobierno y no una reunión de iguales. Si algo de credibilidad ha ganado el señor

Suárez con esta operación, mucho más es lo que ha hecho perder a los partidos políticos.

LA situación española de dramatismo económico y de requerimiento al pueblo es clásica y repetida. Quizá la más afín, para poder considerar el momento español con un cierto distanciamiento, a través de otros modelos históricos, es la de Gran Bretaña al final de la guerra mundial y principios de la pos-



Las peticiones de ahorro, de mayor trabajo, de aumento de la productividad hechas por Suárez, suenan casi como ofensa a quienes están al borde de sus posibilidades.

guerra: con el Imperio en bancarrota, exhausta por el esfuerzo de guerra, con una economía basada en la producción de armamentos y con una serie de ideales surgidos en la contienda con los nazis: los de unas clases sociales que habían visto la posibilidad de que la guerra mundial tuviese una parte de revolución social. Aquella ideología produjo un ascenso rápido del laborismo, tras la espectacular derrota de Churchill, que demostraba que el pueblo había aceptado al "héroe" de la guerra, el que les había pedido el esfuerzo más terrible —"san-

gre, sudor y lágrimas"— para ese determinado esfuerzo, pero que no le aceptaban para explotar los frutos de la victoria, porque el sacrificio no permitía volver a lo anterior: cuando se pide un sacrificio hay que pagarlo. El nuevo ministro de Hacienda laborista, sir Stafford Cripps, pronunció la frase consagrada: "Apretarse el cinturón". Pactó con los sindicatos: los salarios habrían de contenerse. Los laboristas lanzaron una serie de medidas aparentemente revolucionarias: una ola de nacionalizaciones. Las lanzaron mal, las administraron mal y fueron concienzuda y sistemáticamente saboteados por: a) los capitalistas y los conservadores de su propio país; b) los regímenes establecidos en los países europeos de Occidente, que temían ver cundir el ejemplo de un socialismo auténtico; c) los Estados Unidos, que llevaban la dirección del mundo, porque el experimento podría suponer la quiebra de su sistema. Preferían ayudar a la libra esterlina, como lo hicieron, que tolerar experimentos socialistas. Raymond Cartier contaba así la situación de Inglaterra: "Los años que siguieron a la guerra fueron lúgubres. La victoria, tan costosamente pagada, no había sido otra cosa que el final de una pesadilla. Cubierta de heridas, asediada de problemas, la nación no veía ante sí ninguna razón para tener confianza en el porvenir. Duro, sarcástico, el pueblo se plegaba a la prolongación de los sacrificios mucho más por fatiga y por hábito de la disciplina que por patriotismo". La experiencia fracasó. Querría ceder aquí la palabra de por qué fracasó, porque no aparecerá contaminada, a un crítico que escribía en 1973, cuando no se sospechaba que pudiera haber ningún paralelismo con España: Enrique Ruiz García ("Inglaterra, del Imperio a la nación", Fondo de Cultura Económica, México). "Un Gobierno de controles, racionamientos, restricciones, etc., sólo puede ser soportado en una nación industrial si ese sistema está sostenido, avivado, por ideas incitantes, innovadoras. Pero la nueva clase burocrática del reformismo laborista no era una clase nacida del marxismo; no representaba, tampoco, a la clase proletaria. Era una gran mezcla

